

Orden establecido versus democracia

Estamos traumatados

Durante la semana del 27 de febrero al 5 de marzo ocurrió en Caracas (y en menor medida en otras ciudades del interior) un verdadero terremoto, una sacudida intensa que causó serias resquebrajaduras en las relaciones sociales, en la opinión pública, en la conciencia y sobre todo en la sensibilidad de los venezolanos. La profundidad de esta grieta empieza a aparecer en toda su magnitud cuando ya han pasado dos meses y no hallamos aún cómo cerrarla. No se habla de otra cosa: todo es comentar lo que pasó y lo que motivó que pasara (la especulación, el acaparamiento y el desabastecimiento) que, lejos de amenguar, se ha incrementado y hace temer nuevos estallidos más violentos todavía. Son precisamente estos temores el índice más elocuente de lo herida que ha quedado nuestra sensibilidad. Los rumores explosivos se han adueñado de la atmósfera social tiranizando a los individuos: Estalla un carro contra una bomba de gasolina y minutos después se dice que unos encapuchados han intentado prenderle fuego y a la media hora la bomba ya está ardiendo de lengua en lengua; un autobús atropella a una señora y enseguida se habla de una balacera en pleno centro que ha dejado varios muertos y está siendo combatida por tanques y una división de policía motorizada, pero después resulta que estos policías se están batiendo en batalla campal con motorizados vestidos de amarillo, y al poco tiempo los comercios bajan las santamarías, las mamás se llevan a sus hijos de las escuelas y no falta quien afirme para confirmar el golpe inminente que se ha visto al presidente subiendo a un helicóptero. Estalla una botella contra el suelo, una puerta se cierra con estrépito, uno le toca a otro por la espalda para saludarle y sin poder controlarlo surge el sacudón como una descarga eléctrica.

Hemos sufrido un verdadero shock social y no solamente no acabamos de salir de él sino que hay síntomas de que la sicosis va en aumento. ¡Qué lejos estaban esos flamantes economistas de escuela y escritorio que hasta pocos días antes del 27 clamaban en los periódicos por que se diera este tratamiento de shock a nuestra economía, del alcance verdaderamente traumático que tendría su propuesta! Naturalmente que no era eso lo que querían decir, pero sí es eso lo que tenían que provocar esas medidas propuestas por ellos en este cuerpo social concreto que somos. Ahí está su irresponsabilidad, imputable más todavía a los políticos, en no medir las consecuencias de un paquete de medidas, que además no era inédito sino que ha sido aplicado con parecidos efectos a otras sociedades de Nuestra América.

El hecho es que el país (y más aún su capital) está traumatizado. Pero lo más grave es que las causas que hicieron de detonante para la explosión del 27 se han agravado, no a consecuencia de esa semana, sino por motivos estructurales. Esta es la razón por la que el shock lejos de atenuarse se profundiza. Porque una estructura síquica individual y social puede recomponerse cuando el hecho que motivó su resquebrajamiento queda confinado al pasado y por eso puede ser procesado mentalmente y enfrentado y superado realmente. Pero cuando la causa que ocasionó el desquiciamiento sigue íntegra y cada vez más virulenta, desaparece la esperanza. La fuente del shock no es ya el 27 sino el temor fundado de que lo que se nos viene va a ser peor.

La impresión que tiene la gente es de que no hay gobierno porque las subidas aberrantes, que la gente percibe como verdaderos delitos contra la cosa pública, no reciben ninguna sanción. Nadie tiene a quien quejarse. La democracia insistió en que en Venezuela no tenían sentido las organizaciones de base porque los partidos y sus seccionales gremiales eran los intermediarios idóneos, y ahora el pueblo vive con la sensación angustiosa de una total indefensión. La gente se siente a merced de los que producen, importan y venden y en el fondo a merced de los bancos. ¿Cómo se ve desde el pueblo la retirada del Estado? No como mera dejación sino como entrega a manos de ellos. Con la presencia tan visible de Pedro Tinoco en el gabinete ¿a quién puede convencer el gobierno de su interés por el pueblo? Casius Clay en sus buenos tiempos está fajado contra Betullo González y el gobierno dice ¡que se las entiendan ellos! ¿Quién va a dudar a favor de quién está el gobierno?

Claro está que la teoría no dice eso, la teoría quiere poner en juego las fuerzas del

Vencedores y vencidos

mercado para que con la competencia se abaraten los precios y triunfe la productividad para beneficio de los consumidores. Pero todos sabemos que la realidad no es así, que "ellos son blancos y se entienden" no para racionalizar y optimizar el sistema productivo sino para mantener su tasa de ganancias sacrificando al pueblo y a los productores medianos y pequeños, aun a riesgo de recesión. Ella serviría de paso para volver a cribar el tejido social de manera que otra vez queden arriba los de siempre, los de casta, o los que (como quería Rómulo Gallegos: La Trepadora) injertándose a los viejos troncos los renuevan con su savia pujante.

El trauma tiene su causa próxima en la especulación y el desabastecimiento, pero la causa profunda está en la conciencia de sí que ha adquirido el país. No somos lo que decíamos que éramos y descubrir nuestro verdadero rostro, al caer la máscara hecha añicos, nos ha producido increíble zozobra. Eramos una sociedad clasista sin lucha de clases (al menos sin que la lucha llegara a un grado problematizador), porque el Estado con la renta petrolera actuaba de colchón social. No era un secreto para nadie que el Estado estaba inclinado del lado de los de arriba; pero los de abajo se consolaban pensando que de todos los modos algo también les llegaba a ellos.

Cuando la noche del 27 el Estado suspendió momentáneamente su presencia ¿qué apareció? No ante todo la división en clases según la posición relativa en el proceso de producción. El análisis marxista, verdadero, es secundario en la interpretación de la división que atraviesa nuestra sociedad. Apareció lo que los obispos latinoamericanos reunidos en Medellín en 1968 calificaron como "colonialismo interno". Apareció que unos venezolanos consideran al resto de la sociedad como su colonia para explotar. Apareció lo que desdibujara la Guerra Federal y negara formalmente la democracia: que unos siguen siendo los vencedores y que otros siguen siendo los vencidos. Apareció que el estado de derecho tiene como sujeto a los vencedores, y a los vencidos únicamente en cuanto acepten su condición de tales. Por debajo de las apariencias, seguimos siendo una sociedad estamental, el derivado histórico de la sociedad de castas de la colonia que ha cambiado lo estrictamente imprescindible para no cambiar. Esta autoconciencia ha aparecido más bien en las clases dominantes (los criollos) que en el pueblo. Hoy el verdadero soporte de la democracia es el pueblo y algunos aliados suyos (entre los que están algunos políticos, algunos profesionales, algunos intelectuales y no pocos eclesiásticos entre los que destacan las religiosas). Para los criollos lo sustantivo no es la democracia sino el orden establecido. Para ellos es secundario que haya que mantenerlo dictatorialmente o que pueda asegurárselo en la democracia. En definitiva se trata de mantener su dominio.

Durante la semana del 27 el pueblo actuó desarmado. Para él la cuestión no eran los ricos sino las cosas que necesitaban y con las que siempre habían soñado y en definitiva la cuestión eran las reglas de juego que no sólo los condenaban en el presente sino que les mataban la esperanza. Los de arriba, sin embargo, a causa de su mala conciencia se vieron a sí mismos como los enemigos del pueblo y unos abandonaron inmediatamente el país o al menos pusieron a sus hijos a salvo y otros se aprestaron militarmente para la autodefensa. No hubo, claro está, ningún ataque del pueblo. El ataque vino por la acción combinada de la policía y el ejército y el enemigo fue el pueblo. Y los muertos fueron todos del pueblo. Se dispararon más de cuatro millones de balas. Porque el objetivo no era controlar la situación sino aterrorizar de tal manera a los vencidos que más nunca les quedaran ganas de intentarlo otra vez. Era una acción punitiva contra enemigos, no un acto de disuasión dirigido a conciudadanos. Este objetivo fue redondeado con otras dos medidas: La detención al amparo de la suspensión de garantías, de cuanta persona pudiera ser proclive de una conciencia no resignada o de acciones encaminadas a las organizaciones de base y a la cultura popular. Y sobre todo, el rencoroso allanamiento de viviendas para sacarles todo cuanto se habían llevado de establecimientos sin pagar en esos días y no pocas cosas que antes habían comprado. Se sabía que poco de eso llegaría a los comerciantes (el ejército declaró que lo incautado no alcanzaba los diez millones de bolívares). No importaba. Lo decisivo era quitárselo a los vencidos. Lograr que no tuvieran la experiencia de haber ganado una. Que esa semana se les clavara a fuego, no como el día en que se adueñaron de la calle y compraron sin pagar sino como las noches terribles e interminables en que llovían sin tregua las balas y se vivió agazapado en completa indefensión.

Y en efecto, el objetivo aparentemente se logró: el pueblo tiene el miedo metido en el cuerpo. Ha vuelto a experimentar que ellos no son ciudadanos, sujetos, pues, de derechos sino los vencidos, atendidos al capricho o en el mejor de los casos a la displicente benevolencia de los vencedores. Ha vuelto a recordar que (a diferencia de los

¿Subversión legal?

países desarrollados donde los ciudadanos prestan todos servicio militar) son ellos, como pena de ser los vencidos, quienes sirven en las fuerzas armadas a la patria de los vencedores. Por ser vencidos son ellos quienes son detenidos sin motivo, retenidos sin justificación, tratados sin consideración, son ellos casi exclusivamente quienes van a la cárcel y en ella permanecen largos años sin juicio. Por ser vencidos, aunque sufragan por el Seguro, son desatendidos y a nadie pueden reclamar. Por ser vencidos la burocracia los trata despóticamente, no como a sujetos de derechos a quienes tiene que servir y ante quienes tiene que responder. Por ser vencidos son confinados a los cerros y quebradas de que lograron posesionarse, donde se mantienen sin servicios arañando lo que pueden en la ciudad que no los recibe. Por ser vencidos sólo existen como desecho que no puede ser borrado del mapa, que en épocas de calma sirve como mano de obra barata, pero que en definitiva es el enemigo potencial, el enemigo interno, la barbarie que todavía subsiste a pesar de tantos siglos de presencia de la civilización, la "civilización occidental cristiana". En los días que siguieron al 27 de febrero el pueblo ha experimentado que el Estado no les pertenece, que es de los otros, de los que les consideran sus enemigos, ha experimentado que ellos siguen siendo los vencidos.

Ante tanta detención arbitraria, la Iglesia, la Universidad, la prensa y radio y algunos congresantes de la minoría insistieron que era hora de definir de una vez por todas el concepto de subversivo que hasta hoy funciona entre nosotros como justificativo no sólo para privar a un ciudadano de sus derechos constitucionales sino para pisotear su dignidad elemental, sagrada e inviolable de ser humano y de hijo de Dios. Sin embargo nada se ha hecho por esclarecer qué significa subversivo. ¿Por qué? Porque en este malentendido descansa nuestra Institucionalidad.

El término subversivo recibe su contenido por referencia a aquello que subvierte. Se pueden subvertir unos valores, un modo de producción, unas relaciones sociales, un orden legal, unas creencias religiosas, unos hábitos sexuales o culinarios... Los católicos latinoamericanos y venezolanos desde hace más de veinte años venimos insistiendo en que vivimos en una situación de pecado, por lo tanto sólo podemos vivir cristianamente transformando esa situación. ¿Qué entendemos por situación de pecado? Una serie de injusticias institucionalizadas provenientes de egoísmos que engendran miseria, indefensión y todo tipo de violencia. Por eso predicamos y procuramos la conversión personal y la transformación estructural. En este preciso sentido, como Jesús, como los santos, como Juan Pablo II, somos subversivos. No estamos contentos ni con nosotros ni con nuestra sociedad porque nos parece que no responden al plan de Dios y por eso buscamos cambiarnos y cambiarla con todas nuestras fuerzas, con toda la fuerza que Dios nos da. Pero sin embargo hallamos que la democracia y la Constitución sí caben dentro de este plan de Dios, tanto como horizonte cuanto como camino. Por eso podemos afirmar con la boca llena y sin que nos quede nada por dentro que somos demócratas y que no solamente acatamos sino que hacemos nuestra la Constitución. En este sentido preciso no sólo no somos subversivos sino que somos los más firmes garantes del orden constitucional. Más aún, la subversión que pretendemos llevar a cabo con toda determinación se reduce a tratar que se cumpla el orden constitucional y para ello ante todo que el pueblo sea sujeto organizado.

Para los vencedores esto ciertamente es subversivo. Ellos sólo se sienten seguros si el pueblo es masa desarticulada, mediatizada, intervenida, alienada, atemorizada. Para los vencedores es subversivo que el pueblo se tome en serio que son ciudadanos y que, por los caminos que pauta la Constitución, no sólo se respete a sí mismo y respete a los demás sino que se haga respetar.

Por eso se ha acuñado un concepto que expresa cabalmente gran parte de la práctica de los organismos de seguridad así como del ejercicio concreto del Ejecutivo, de los jueces y de las Cámaras. Es el concepto de subversión legal. Significa las acciones tendientes a transformar nuestra sociedad (subversión) dentro de los cauces contemplados por las leyes (legal). El presupuesto de este concepto es que el ordenamiento democrático no es un camino para llegar a una sociedad más humana sino únicamente la expresión del orden establecido. Por lo tanto quienes entiendan y vivan la democracia para lograr progresivamente mayores cuotas de justicia y participación deben ser reprimidos, aunque están dentro de la ley. Ellos son hoy en Venezuela el enemigo, ante la inexistencia significativa de la subversión extraconstitucional (revolución o golpe de Estado).

Ellos son ciertamente el enemigo de los que buscan mantener a toda costa y por todos los medios esta situación de pecado en la que no cabe la vida digna de las mayorías. Pero no son el enemigo de los representantes de la democracia y de los

¿Será posible la democracia?

defensores de la Constitución. Por eso resulta verdaderamente subversivo que el máximo representante de un cuerpo policial declare que el enemigo es la subversión legal. Porque eso significa que él se autoentiende no como garante de la democracia sino del orden establecido. Significa que para él la democracia es irrelevante, que su papel es defender a los vencedores contra los vencidos y mantener a los vencidos en su condición de vencidos impidiendo que accedan al estatuto de ciudadanos organizados y capaces de hacer cumplir las leyes. A raíz de los sucesos de la semana del 27 de febrero, no sólo apareció que el país está dividido en vencedores y vencidos sino que buena parte de la institucionalización vigente no es lo que dice ser, es decir, organismos de y para la democracia sino aparatos de y para el orden establecido.

Gracias a Dios también en las instituciones hay sinceros demócratas que, partidarios o no del orden establecido, están dispuestos a jugar limpio dentro de las reglas de juego. Muchos de ellos se debaten en la contradicción angustiosa, entre la presión inmisericorde de los privilegiados y las necesidades sentidas de las mayorías que en el presente ordenamiento no pueden ser satisfechas. Por eso los obispos en su reciente documento consideran necesario "alertar en esta hora difícil sobre la necesidad de que el gobierno y las instituciones democráticas den una respuesta patriótica, pronta, sincera y eficaz, a las aspiraciones de un pueblo que ya ha manifestado su ira y frustración por la insatisfacción de sus legítimas necesidades".

Esta respuesta no puede reducirse a gerenciar la crisis buscando el bien del pueblo, tiene que llegar a llamar al pueblo a que él gerencie la crisis organizadamente. La respuesta pasa, pues, por la democratización de las instituciones. No basta con que la dirigencia cetevista amague amenazas contra el gobierno o Fedecámaras. Responder al pueblo trabajador consiste ante todo en hacer elecciones limpias en empresas y federaciones para que los dirigentes sean elegidos por las bases y respondan periódicamente ante ellas. No basta con que las asociaciones de vecinos que existen en los barrios sean llamadas a colaborar. Responder a los pobladores pasa primero por llamarlos a que elijan democráticamente a sus representantes para que las asociaciones dejen de ser el feudo de viejos caciques y correas de transmisión de los partidos. No basta con que los jueces traten por fin de hacer justicia en los tribunales de salvaguarda, en Recadí, en el caso de El Amparo, en el del abogado de Mérida que mató públicamente a quemarropa al estudiante... responder al estado de derecho que exige la democracia significa ante todo que los jueces no sean meros apéndices (en su elección, en su confirmación y en su funcionamiento) del gobierno y de los dos partidos mayoritarios sino que sean elegidos mediante concurso que pueda ser públicamente contrastado. No basta con hacer un llamado a los funcionarios para que cumplan. Responder a los ciudadanos usuarios requiere primero destituir a los funcionarios que están en el cargo como pago por servicios al gobierno o simplemente por el padrinazgo de algún personaje y poner en marcha efectivamente la carrera administrativa y los concursos públicos que diferencien de una vez por todas al Estado del gobierno. No basta con crear una comisión presidencial para la reforma del Estado. Lo decisivo es poner en marcha los mecanismos arbitrados.

Pero ¿quién llevará esto a cabo si los que podrían hacerlo son los primeros interesados en que las cosas se mantengan como están, en que no se remuevan las aguas porque están podridas, en que no se ponga a prueba su representatividad porque temen fundadamente quedarse fuera? ¿No son estos "los malvados de siempre, confabulados en función de oscuros intereses políticos o personales"? ¿No es ésta la verdadera "conjura contra el sistema democrático"? (Lusinchí: El Universal 11/4/89, 1-12) ¿No son éstos los subversivos? Aunque los subversivos por antonomasia son quienes sacaron de Venezuela en 10 años 58 mil millones de dólares (Morgan: Id. 2-1) que sin embargo se exhiben en público como flamantes Padres de la Patria.

La definición, no verbal sino práctica, de qué significa subversión en Venezuela es crucial si queremos salir del shock en que estamos inmersos. Sólo si nos decidimos sinceramente por la democracia podremos encontrar cauces para procesar el trauma y superar las causas que lo originan. Sólo desde esta perspectiva se soldará la grieta secular entre vencedores y vencidos y podremos alcanzar una relativa unidad dentro de la cual puedan aminorarse sustancialmente las diferencias ilegítimas y permanecer las legítimas para estímulo de todos y como riqueza compartida. Aún estamos a tiempo para decidirnos por este camino. Si los de arriba prefieren enquistarse en sus privilegios injustos están cavando la tumba a la democracia y lo que es peor a muchos miles de venezolanos.